

CRONICAS FAMILIARES

LAS HIJAS DE PAPA (Y DE MAMA)

GRANDES ESTRELLAS DE HOY
CON APELLIDOS DE AYER

LIZA MINNELLI

HA NACIDO UNA ESTRELLA



DE todas las hijas de papá, Liza Minnelli ha sido la más mimada —en el sentido profesional— por sus mayores. Liza nació en Los Angeles el 16 de marzo de 1946. Su madre se encontraba entonces en plena popularidad. Era la cantante más querida y prestigiosa de los Estados Unidos, era la estrella insustituible en las grandes comedias musicales de la época, era Judy Garland. Su padre era un joven director de cine que se había destacado ya como virtuoso de la comedia americana y del musical, era el exquisito Vincente Minnelli. De esta mezcla salió Liza. Grabó su primer disco a los diecisiete años: «You are loving» se clasificó inmediatamente en las listas de éxito. Su madre le dio la alternativa, actuando con ella en el Palladium londinense; esa actuación fue graba-



NO es la primera vez que se habla de vástagos de padres famosos; tampoco será la última, porque parece haber una determinación biológica que obliga a los hijos de las grandes figuras a seguir sus huellas. Al principio de la época sonora dos actores americanos emprendieron el camino de sus padres sin cambiar siquiera sus nombres: Douglas Fairbanks, Jr., y Lon Chaney, Jr.; ninguno de los dos alcanzó la popularidad de sus progenitores, quizá porque insistían en encarnar los tipos que habían creado inmejorablemente aquéllos, y ya se sabe que "padre no hay más que uno..."

El verdadero sustituto del gran Douglas Fairbanks del periodo mudo fue Errol Flynn; pero el hijo de éste, Sean, no llegó a igualar la fama de su padre: volvía a repetirse la maldición; los faraones de Hollywood echaban mal de ojo a sus descendientes.

Tuvo que ser en Europa donde se rompiera el maleficio. Romy Schneider igualaba, e incluso superaba, la popularidad lograda por su madre, Magda, en las operetas vienesas. Un año antes de que fuera lanzada Brigitte Bardot en "Et Dieu créa la femme" (1956), la dulce y austriaca Romy triunfaba por todo lo contrario: la ingenuidad bobalicona, la ausencia casi milagrosa del más mínimo rastro de erotismo y las cucharadas excesivas de arropo y miel a partes iguales. Pero, con todo, la maldición estaba conjurada: una hija de papá —en este caso, de mamá— podía llegar a ser famosa por sí misma, sobre todo cuando Romy se despojó de las crinolinas y empezó a trabajar en películas importantes.

Romy, hacia la mitad de los años cincuenta, fue la pionera de un movimiento que se concretaría en los albores de la década de los sesenta. Estos años, caracterizados en cierto aspecto por el asalto al

poder de las generaciones jóvenes, han presenciado las sucesivas apariciones de hijas de papá que se integraban fácilmente en el escalafón de los famosos. Teniendo en cuenta las experiencias anteriores, se suponía que no llegarían muy lejos, que serían barridas por el recuerdo de sus mayores.

Sin embargo, ahí las tienen: siguen en pie y, lo que es más curioso, incluso han llegado a hacer olvidar —en algún caso— la popularidad de sus padres. Es el caso de las hermanas Redgrave: Vanessa y Lynn, en la actualidad, dos de las más importantes actrices británicas; su esplendor oscurece un tanto el indudable prestigio del padre, sir Michael Redgrave. Cuando vimos por primera vez a Jane Fonda en "Me casaré contigo" más de una espectadora madura recordaba en la boca y en los ojos de la bellísima actriz los rasgos inconfundibles de su padre: "¿Has visto qué bien está esa chiquilla, la hija de Henry Fonda? ¡Cómo se parece a él!", se comentaba por entonces. Pocos años después, ante el rostro envejecido del gran Henry, no se puede por menos que exclamar: "¡Cómo se parece a su hija!"

Las niñas de papá han progresado. Independientes, emancipadas, rebeldes en algún caso, la razón de su éxito puede estribar, precisamente, en que —al contrario de los hijos de Lon Chaney o Douglas Fairbanks— no han tratado de progresar a la sombra del prestigio de sus progenitores, sino que han elegido su propio camino. Nancy Sinatra, por ejemplo, fracasó mientras aceptó la tutela de su padre, y empezó a triunfar cuando se calzó las "botas" de Lee Hazelwood y decidió caminar sola.

Apellidos ilustres que se han prolongado en rostros jóvenes, distintos, representativos de una nueva generación. ■ J. G. D.

da en un álbum memorable: «Judy y Liza en el Palladium». Pero hay que apresurarse a observar que es memorable porque nos encontramos de nuevo con la voz de Judy, la grande e inmensa Judy Garland. No, en este caso Liza no ha tenido suerte: su mamá es absolutamente insuperable.



NANCY SINATRA

UNA ESTUPIDEZ MILLONARIA

FRANK Sinatra quería prolongar su apellido en Frankie: preparó todo minuciosamente, puso a disposición de su hijo todos los medios de su poderosa empresa Reprise. Pero la operación falló. No podía repetirse un segundo éxito Sinatra. El cantante mejor pagado del mundo, el más popular, el ídolo de tres o cuatro generaciones de americanos fracasaba a la hora de ceder el relevo a su hijo. Por si fuera poco, la pequeña Nancy tampoco se abría camino. «La voz» se desentendió de ella: estaba claro que la estirpe se extinguía con él. Y, de repente, Nancy encontró una mina de oro con «Estas ▶



botas son para caminar», la canción de Lee Hazelwood. Nancy triunfaba porque cantaba de forma distinta a su padre, porque tampoco cantaba como una colegiala: tenía una voz dura, casi viril, repleta de garra. Merecía la pena que papá volviera



a ocuparse de ella: cantaron a dúo «Something stupid» y vendieron millones de discos. Sin llegar a la increíble popularidad de su padre, Nancy Sinatra es uno de los valores más sólidos del box-office americano.

GERALDINE CHAPLIN

ADEMAS, NIETA DE ABUELO...

CON Geraldine Chaplin las cosas se complican; además de hija de papá es nieta de abuelo: Eugene O'Neill, el gran dramaturgo americano. Todas las ventajas e inconve-

nientes que acarrea una paternidad famosa se acrecientan en este caso al prolongarse el parentesco hasta otra generación. De los hijos de Chaplin que se han dedicado



al cine, Geraldine ha sido la única que ha destacado verdaderamente. Charlie, muerto recientemente, fue un oscuro actor; Sidney alcanzó cierta notoriedad en el teatro, principalmente como pareja de Barbra Streissand en «Funny Girl». Sin haber hecho muchas películas, y, desde luego, ninguna importante, Geraldine había alcanzado cierta popularidad. Se «olfateaba» que llegaría donde se propusiera. Tras su lanzamiento internacional en «Doctor Zhivago» Geraldine se instaló prácticamente en Madrid, y hoy día es una actriz del cine español gracias a las dos películas que ha protagonizado a las órdenes de Carlos Saura: «Peppermint Frappé» y «Stress es tres, tres». También interpretará «La madriguera».

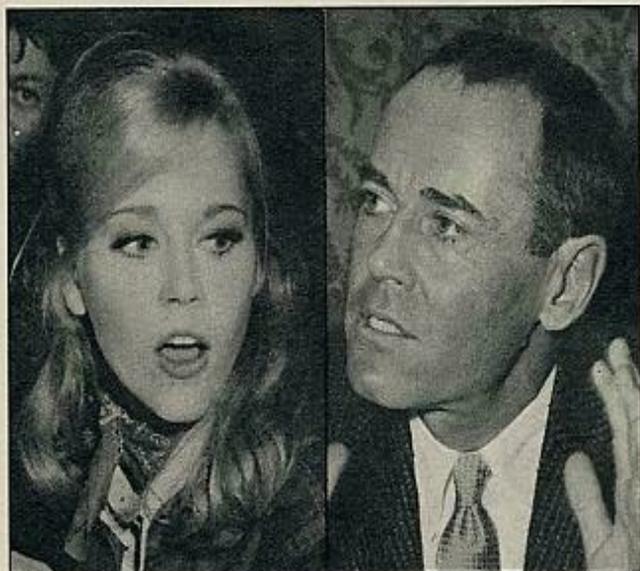


JANE FONDA

¿LA SUCESORA DE MARILYN?

IGUAL que los Sinatra, los Fonda no han tenido suerte con el hijo. Peter Fonda, que alcanzó alguna popularidad con «Los ángeles salvajes», no ha vuelto a encontrar una oportunidad semejante. Otra cosa ha pasado con la hija. Desde el primer momento, se supo que Jane se convertiría en estrella: y a sí ha sido. Jane, sin embargo, surgió en un momento difícil. Debutó en el cine en 1959: hizo varias películas y pronto es-

dad de rebeldía ante Hollywood. Jane fue más afortunada que su antecesora; esa insumisión, lejos de costarle la destrucción —como le ocurrió a Marilyn— le valió el éxito. Jane destacó inmediatamente del grupo de aspirantes. Su matrimonio con Vadim hizo de ella una estrella europea.



tableció un pugilato con las jóvenes estrellas que debutaban por entonces. En 1962, con la muerte de Marilyn Monroe, se liquidaba prácticamente el star-system. ¿Había que sustituirla? Nadie pensó que Jane Fonda pudiera hacerlo: lo que sí es cierto es que la pequeña Fonda heredó de la inolvidable Marilyn el mismo instinto cinematográfico y parecida necesi-



ROMY SCHNEIDER

EL «STRIP-TEASE» DE LA FAMA

MAGDA Schneider había sido en los años treinta una famosa intérprete de melodramas y operetas vienesas. De aquella época había conservado una nostalgia muy fuerte, y no estaba dispuesta a que el gran público dejase de contemplar tan bellos espectáculos. Con verdadero fervor se dedicó a educar a su hija en la admiración y veneración del noble género; cuando la pequeña Romy cumplió diecisiete años se comenzó a filmar «Sissi». Madre e hija trabajaban juntas. Madre e hija viajaban, vivían y se retrataban juntas. Magda trataba de imponer —y lo conseguía— una imagen dulzona, pan-cista y blanda de su hija. Y, gracias a ello, Romy llegó a alcanzar mayor popularidad que Magda en sus tiempos. Pero la



irrupción de Alain Delon en esa plácida vida de familia alteró los planes. Un tempestuoso romance se prolongó luego en una actividad profesional que escapaba al control de la madre. Visconti en «Il lavoro» hizo desnudarse a Romy: se acabó Sissi y sus crinolinas vienesas; había nacido una actriz de verdadero talento.



MIA FARROW

Y ENCIMA, EX ESPOSA...

JOHN Farrow fue un prolífico director de cine y padre de familia, prolífico padre hasta el punto de que su esposa, Maureen O'Sullivan, tuvo que abandonar su profesión de actriz en pleno auge para dedicarse a tener hijos. De su paternidad, Farrow hizo un verdadero show: cada año se retrataba toda la familia con el nuevo vástago que había traído al mundo. Hollywood miraba con respeto a este matrimo-





nio feliz. Mia Farrow heredó de su madre unos ojos bellísimos. Y nada más. Porque desde muy joven demostró su escepticismo ante la institución familiar, pese a que se casara a los diecisiete años con Frank Sinatra. Un matrimonio fallido: la figura contrapuesta de su padre y de su madre. Pero Mia Farrow quería hacer cine ante todo. Y lo ha hecho: aparte de otros films menores ha trabajado con Roman Polanski en «El bebé de Rosemary» y con Joseph Losey en «Ceremonia secreta». Mia Farrow no niega en ningún momento que lo único que ambiciona es convertirse en una actriz importante. Detrás de ella deja unos padres famosos y un marido no menos famoso.

VANESSA Y LYNN REDGRAVE LAS DOS HERMANAS

DE su padre, sir Michael Redgrave, aprendió el oficio de actor; de su ex marido, Tony Richardson, la conciencia de la rebeldía. Vanessa Redgrave, posiblemente la actriz más importante del actual cine británico, es una mujer activa, miembro de la organización que dirige Bertrand Russell, encaminada a proscribir del mundo los proyectiles dirigidos y las armas atómicas. Vanessa ha participado en mítines, en manifestaciones, ha estado en la cárcel varias veces, ha sido multada muchas más. Su hermana Lynn parece menos comprometida, pero ambas son grandes actrices. Sin duda les ha beneficiado ser hijas de uno de los más prestigiosos actores británicos, pero el talento de cualquiera de las dos está fuera de dudas. Vanessa fue escogida por Antonioni para interpretar el principal papel femenino de «Blow up». Aquí la hemos visto en «Morgan, un caso clínico». «Camelot» le ha proporcionado popularidad internacional. De Lynn no se han visto aquí sus dos películas más importantes: «Georgy Girl» y «Smashing Time», que la revelan como estupenda comediente.

